Parashat

Pinjás

◆ 39 ◆

כ"ג תמוז תשפ"ה

י"ז ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

iDichoso tú que has tenido el mérito!

Escribe el **Jafetz Jaim**, de bendita memoria:

Los Sabios del Talmud relatan que **Hakadosh Baruj Hu** le dijo al Pueblo de Israel: «iHijos Míos, Mis amados! ¿Acaso Me falta algo para que tenga que pedírselo a ustedes? ¡Claro que no! Sin embargo, lo único que les pido es que se amen unos a otros, que se respeten unos a otros, que tengan temor unos de otros; que no haya entre ustedes transgresión, robo o conductas vergonzosas».

Esto se asemeja a un hombre acaudalado que tenía varios hijos. Todos eran comerciantes exitosos y muy sagaces. Pero la rivalidad reinaba entre ellos de forma extraordinaria; cada uno de ellos sentía una gran envidia por los logros de su hermano. El éxito que uno lograba en su campo solo alimentaba el fuego de los celos de los demás y se desesperaban cada uno por superar al otro.

Tan obvia era la competencia entre ellos que un hombre sabio los reunió y les dio un buen consejo con una lección de ética: «¿Para qué tanto esfuerzo y competencia? ¡Esto no tiene fin! Este envidia a aquel y aquel al otro... ¿y quién sabe en qué acabará todo? Es mucho mejor que se amen unos a otros, como un solo cuerpo que ama a todos sus miembros, entre los cuales no hay lugar para la envidia, el odio ni la competencia; más bien, la labor en armonía entre los miembros le permite al cuerpo lograr los mayores alcances. Si hacen esto, serán todos queridos por su padre como si cada uno fuera su único hijo nacido en su vejez. Y por ende, toda la riqueza será exclusivamente para ustedes. Y esta riqueza alcanzará para sus hijos y los hijos de sus hijos hasta el fin de todas las generaciones».

Así es también con nosotros: **Hakadosh Baruj Hu** es nuestro Padre. A Él le pertenecen la grandeza, el poder... todo lo que hay en el cielo y en la tierra. Si el Pueblo de Israel se amara sinceramente unos a otros como corresponde, automáticamente aumentaría la abundancia Divina para cada uno. La mano de D-ios no está limitada para salvar –iDios no lo permita!–. Y para Él no hay diferencia entre mantener a diez, mil o a cientos de miles: a todos alimenta y sustenta conforme a sus necesidades.

Cuando **Hakadosh Baruj Hu** le dijo a Moshé Rabenu: «Toma a Yehoshúa», Rashí explica: «Tómalo con palabras; dile: “iDichoso tú que has recibido el mérito de liderar a los Hijos de Hashem!”». De estas palabras aprendemos cuán grande es el mérito de hacer un acto de bondad con un judío, que es hijo de Hashem. Debemos recordar —y recordárselo a los demás— que cada vez que hacemos un gesto de bondad con un judío, **Hakadosh Baruj Hu** se alegra con nosotros.

Estas enseñanzas cobran aún más fuerza en los días de **Ben Hametzarim**, en los que nos encontramos de duelo por la crudeza de este exilio amargo, y **Hakadosh Baruj Hu** clama: «iAy de los hijos que fueron alejados de la mesa de su Padre!». ¿Y qué es lo que Dios nos pide? «iQue se amen unos a otros!». Y cuando tenemos el mérito de acercar a nuestro prójimo, de hacer bondad con otro judío, **Hakadosh Baruj Hu** nos dice: «iDichoso tú que has tenido el mérito!».

(Tiv Hatorá – Pinjás)

iDifícil me resulta su separación!

«El octavo día será un tiempo de restricción para ustedes [...] Ofrecerán como ofrenda de elevación (holocausto), una ofrenda ígnea de olor grato a Hashem, un becerro, un carnero...» (Bamidbar 29:35-36)

Explica Rashí sobre la frase; «**un becerro, un carnero...**»: esto es por Israel [ya que en los días anteriores, las ofrendas realizadas fueron por las naciones del mundo]. [Hashem les dice:] «Quédense conmigo un poco más». Y este es un lenguaje de cariño, como un padre que se despide de sus hijos, y les dice: «**iDifícil Me resulta que se separen de Mí! Quédense conmigo un día más**». Rashí basó sus palabras en el **Tratado de Sucá** (55b), al final del capítulo «**Hajalil**».

Ahora bien, hay una pregunta famosa: ¿De qué sirve pedirles que se queden un día más? Si la separación ya es dolorosa, ¿acaso no la hace más difícil todavía el posponerla otro día? ¿No crece con ello aún más el amor, y, consecuentemente, también el dolor de la despedida?

Ciertamente, en los libros santos encontramos respuestas basadas en las palabras del **Tania** (Iguéret **Hakódesh**, capítulo 23), donde dice: «**Escuché de mis maestros que si un solo ángel se encontrara en presencia de diez judíos reunidos, incluso si estos no están hablando palabras de Torá, el temor y el pavor caerían sobre el ángel sin límite ni medida, por la Presencia Divina que reposa sobre ellos, al punto de anularse por completo su propia existencia**».

De aquí entendemos la grandeza de la **Shejiná** —la Presencia Divina— que se posa cuando el Pueblo de Israel está reunido, incluso si no están estudiando Torá ni rezando. ¡El solo hecho de estar juntos, de estar unidos, ya revela una energía espiritual tan intensa que incluso los ángeles tiemblan ante ella!

¿Y cuál es la razón de esta grandeza? Porque **Hakadosh Baruj Hu** está unido a Su pueblo con un lazo indestructible, por así decirlo, una unidad absoluta, como enseña el **Zóhar** (vol. III, 73a): «**La Torá, Hakadosh Baruj Hu e Israel**

son uno». Y debido a Su inmenso amor y cariño por el Pueblo de Israel, la **Shejiná** permanece siempre con ellos con una fuerza de amor indescriptible.

Pero esto solo es válido bajo una condición: que haya **Shalom**, paz y unidad entre los judíos. Que estén reunidos **como un solo hombre con un solo corazón**. Porque si hay separación entre ellos —incluso si no hay discusiones ni conflictos—, si sus corazones están alejados unos de otros, si no hay unidad interior, eso ya es suficiente para que la **Shejiná** se retire de entre ellos.

Por eso, en la **parashá** que nos ocupa, la alusión: «**¡Difícil Me resulta que se separen de Mí!**» se puede entender de otra forma: no solo como una despedida entre el Pueblo de Israel y Hashem, sino **como la separación entre ustedes mismos: «¡Difícil Me resulta que se separen!»**. La verdadera dificultad está cuando **ustedes se separan unos de otros**.

Por eso **Hakadosh Baruj Hu** los retuvo un día más: el octavo día, llamado **Atzéret** (עצרת), que viene de la raíz que significa **reunir, congregar**. Así, Onkelós lo traduce como **“kenesín”** — una asamblea. Es un día de unión, de recogimiento, de afianzamiento del amor entre los Hijos de Israel. Y esta unión debe perdurar más allá de la festividad, permeando en todo el año. Que no se separen unos de otros. Que sigan conectados, **unidos con un solo corazón**, y así, la **Shejiná** continuará morando entre ellos y **no se apartará jamás. ¡Amén!**

El “peso” de la beneficencia... ¡y sus implementos!

Me contó uno de los nietos del Rav Hakadosh, Rabí Yesháyale ben Rabí Moshé de Kerestir, **zal**, que su santo abuelo, el Rabí Yesháyale, cuando se casó con buenos augurios con la Rabanit **Tzadéket** en segundas nupcias, antes de salir hacia la **jupá** (palio nupcial), pidió hablar con ella.

Y en esos elevados momentos previos a la **jupá**, le relató a ella un hecho impresionante, con el

fin de enseñar y ejemplificar cuán grande es la **mitzvá** de alimentar a los Hijos de Israel. Y así contó:

En una de las grandes ciudades vivía un judío sencillo y de buen corazón que tenía una gran panadería, y era llamado por todos **“der guter beker”** (el buen panadero).

Él se había fijado una buena costumbre: cada día, de madrugada, al terminarse el trabajo de la panadería y estar el pan ya listo, caliente y fresco, cargaba dentro de sus canastas muchos panes y bollos frescos. Y a una hora muy temprana, en el momento de la misericordia y la voluntad, cuando el sol aún no había salido sobre la tierra, salía con su burro a hacer varios recorridos por la ciudad grande, y distribuía con sus propias manos los buenos productos de panadería entre familias necesitadas. Y para no avergonzar a los receptores, les dejaba su pan cuidadosamente envuelto, con respeto, detrás de la puerta.

Las familias pobres de aquella ciudad ya estaban acostumbradas cada mañana a encontrar su ración de pan caliente y fresco preparada para ellos; entendían que era obra del **“guter beker”**, y le agradecían y bendecían con todo el corazón.

Y he aquí que llegó la hora en que el panadero querido fuera tomado del mundo. Cuando falleció y su alma ascendió ante el Tribunal Celestial, comenzaron a pesarle en la Balanza de la Justicia todas las transgresiones que había hecho y cometido durante su vida, y la situación se veía muy mal... Sacos negros, llenos y repletos de pecados, fueron subidos uno tras otro al platillo de culpabilidad en la balanza celestial, y el hombre ya entendía que probablemente su destino sería heredar un Guehinam (Infierno) severo. No obstante, faltaba que trajeran los sacos de **mitzvot** que cumplió.

Pero cuando empezaron después a colocar en el otro platillo las cargas de **mitzvot** que había hecho en su vida, la escena no parecía

que iba a mejorar mucho. Al principio llegaron cargas pequeñas y escasas que, en comparación con las transgresiones, eran diminutas e insignificantes. Un temor y un terror tremendo cayó sobre él, y sus rodillas se golpeaban una contra la otra.

Pero de pronto surgió un ángel y comenzó a subir a la balanza muchos “panes”: cada pan y bollo que el hombre había distribuido entre los pobres fue colocado por el ángel sobre la balanza, hasta que se fueron acumulando muchos panes, de todos los años en los que los repartía cada día entre los pobres. Sin embargo, todavía no era suficiente para inclinar la balanza a su favor, y ya esperaba que se le decretara el Guehinam.

Y he aquí que se sorprendió mucho cuando, al terminar de colocar los panes, apareció de repente otro ángel, y comenzó a poner sobre la balanza todos los sacos de trigo de los que se habían hecho aquellos panes. Y se aclaró ante él que, como había cargado todos aquellos sacos de trigo para el pan de los pobres, también ellos eran incluidos en la categoría de la **mitzvá** de **guemilut jasadim** (beneficencia). Y cuando tampoco ellos alcanzaron para inclinar la balanza a su favor, vino un tercer ángel y trajo con él al burro sobre el cual el hombre había llevado los panes para repartirlos en la ciudad entre las casas de los pobres. Con eso se inclinó la balanza a su favor, y el hombre fue declarado inocente en el juicio.

De aquí aprendemos —concluyó Rabí Yesháyale frente a la Rabanit Tzadéket— que en la **mitzvá** de **guemilut jasadim** y en el acercamiento de los corazones de Israel, cuando uno tiene el mérito de presentar ante ellos comida y bebida ya preparada, allá Arriba valoran mucho no solo el acto mismo de la **mitzvá**, sino incluso **todas las molestias asociadas** al asunto de la **mitzvá** y **todo lo que se implementó** para realizarla, **¡pues todo eso entra en la mitzvá!**